

Ludwik Fleck: La génesis y el desarrollo de un hecho científico

Alianza Editorial, Madrid, 1987

ALVARO HELO

(Barcelona)

Al tomar contacto con la obra de Ludwik Fleck es inevitable el asombro ante el contraste entre la originalidad y vigor de su pensamiento epistemológico y el hecho de que permaneciera tanto tiempo ignorado. Por ello, el actual reconocimiento de la significación de sus ideas en ese campo ha de ser motivo de satisfacción para quien participe de su entusiasta curiosidad ante el enigma del conocer.

Este polaco de ascendencia judía, nacido en 1896 en la ciudad de Lvov (perteneciente en la actualidad a la Rep. Soviética de Ucrania) era un individuo realmente atípico: investigador científico de primera línea capaz de realizar importantes aportes en su disciplina, a la vez que epistemólogo convencido de que los títulos de veracidad de sus propias explicaciones teóricas etiológicas no eran superiores, en cuanto en tales, a las sobrenaturales de Paracelso, sino simplemente subsidiarias de un estilo de pensamiento diferente. En la noticia biográfica incluida en la versión inglesa (de 1979) de la monografía que ahora Alianza nos ofrece en castellano, se le presenta como «un hombre poco corriente. Tenía un acendrado sentido del humor y fue un erudito en varios campos. En su persona se unían la excelencia de un destacado microbiólogo a la visión y profundidad de un gran filósofo».

Su formación e intereses desbordaban ampliamente el marco de su profesión de médico y bacteriólogo. Y en base al conocimiento que tenía de la historia de su disciplina y a su propia experiencia como investigador, llegó a elaborar una concepción de la ciencia radicalmente diferente, tanto del modo en que la entendían por entonces los epistemólogos, como también de la forma en que los científicos suelen ver su propio trabajo. En 1935 expuso sus ideas en la monografía que nos ocupa, publicada en Basilea en lengua alemana.

La aguda percepción del fenómeno de la creación intelectual que allí revela, lo sitúa por delante de su tiempo. De hecho, su aporte ha significado —en términos de Andrés Rivadulla— «la irrupción de la orientación histórico-sociológica en epistemología» (*Arbor*, N. 502) en un momento en que la reflexión metateórica transcurría por los cauces muy alejados del positivismo-lógico. Pero su lúcida visión habría de ser también su infortunio: pagó la osadía de ver más lejos que sus contemporáneos con el rechazo sistemático de su pensamiento metacientífico. No sólo se le ignoró cuando publicó su monografía con la adversidad histórica del nazismo en auge, sino también cuando, ya terminada la guerra, recibió en Polonia merecidos honores como científico y, aún más tarde, cuando desarrollaba su labor científica en Israel. En ningún momento los profesionales de la filosofía de la ciencia reconocieron en este médico un colega de valía.

Pero aquellos epistemólogos que tenían noticia de su obra no tomaban en cuenta que con su actitud estaban aportando precisamente un dato empírico en favor de la doctrina metateórica que rechazaban. Y esa es la ironía de este asunto: el rechazo que

sufre la concepción fleckeana de los estilos colectivos de pensamiento por parte de los representantes de la concepción epistemológica tradicional, podría usarse como una ejemplificación empírica que la avala.

El aspecto medular de la propuesta de Fleck radica en la idea de que la determinación objetiva se realiza en función de un estilo colectivo de pensamiento. Por ello, un hecho (y en particular el hecho científico) no es algo dado, sino que se constituye como tal en función de un estilo de pensamiento sostenido por un determinado colectivo humano. Si alguien cree que lo fáctico se identifica con lo inmediatamente dado, Fleck se encargará de mostrarle a lo largo de esta monografía que eso es, al menos, discutible. Un hecho, como lo expresa el sugerente título del libro, está afectado por una especie de ciclo vital: nace dentro de cierto estilo de pensamiento, se desarrolla y, eventualmente, muere si el estilo de pensamiento que le dio origen pierde vigencia en el colectivo que lo sostenía.

En este sentido, el estilo colectivo de pensamiento configura la unidad significativa básica para la construcción del conocimiento. El estilo de pensamiento encarnado en un colectivo dado, determina tanto la *elaboración teórica* como la *observación*, los *modos posibles de acción* y lo que pueda tenerse por *objetivo*. Por esta vía se fundamentará que el estilo de pensamiento no sólo *hace posible ver algo*, sino que además *impide ver otra cosa*: aquello que lo contradice. Se reconoce sin dificultad el parentesco de estas opiniones con las tesis que sostendrá más tarde Kuhn, y también con temas como la «carga teórica de la observación» de Hanson. Fleck es, pues, un precursor respecto al modo de concebir el desarrollo de la ciencia como esencialmente discontinuo a causa de su necesaria dependencia de un determinado estilo de pensamiento que prefigura lo que es posible observar y acota el ámbito de las proposiciones que pueden formularse con sentido.

Por tal motivo, era previsible desde este punto de vista, la fría acogida que recibieron sus ideas en un momento en que el conocimiento epistemológico se organizaba en función de un estilo de pensamiento completamente ajeno al suyo. Como indicábamos más arriba, Fleck hubiera podido interpretar que el hecho de que sus ideas fueran ignoradas por los epistemólogos profesionales era consecuencia de la «inconmensurabilidad» existente entre sus concepciones. (Aunque Fleck no usa el término kuhniano «inconmensurabilidad», el concepto que éste designa queda contemplado en sus desarrollos metateóricos).

En la misma época que Fleck, Popper ya se oponía al punto de vista del empirismo lógico sobre la observación, pero los desarrollos de nuestro autor calan más hondo, por cuanto no se restringen a las relaciones teóricas sino que establecen la *dimensión social* como aspecto esencial del conocimiento humano. Consciente de la fisura de irracionalidad que implican las conclusiones que extrae del análisis histórico de la ciencia, Fleck propone recurrir a un punto de vista social respecto a la génesis del conocimiento como único modo de salvarla. Por otra parte, también desborda el ámbito estrictamente epistémico en dirección a la ontología y gnoseología, mediante su concepción de los elementos pasivos y activos del conocer.

Ahora bien, como contrapartida negativa, es pertinente señalar que respecto a las razones capaces de dar cuenta del cambio de un estilo de pensamiento a otro, puede detectarse en este ensayo un claro déficit explicativo. Y más aún, podría llegar a fundamentarse que su punto de vista epistemológico general se aboca, en última instancia, a una situación de difícil salida. Pero esto no empaña la grandeza del intento; por lo cual entendemos que Fleck ostenta méritos suficientes para hacerse acreedor al lugar que hasta ahora se le había negado dentro de la filosofía de la ciencia. El olvido en que se

había sumido su obra parecía definitivo hasta que Kuhn lo citó en *La estructura...* Y concretamente en nuestro país, podría asegurarse que hace unos años sólo un reducidísimo número de personas lo conocían. Uno de ellos era el profesor Manuel Garrido, quien me introdujo en su obra. Ahora que la Academia filosófica comienza a descubrir su profundo pensamiento, cabe saludar la iniciativa de Alianza Editorial de abrir el mundo hispano-parlante a la obra de este precursor olvidado.